

SOBRE EL HALLAZGO Y RECIENTE PUBLICACIÓN DE LA PRIMERA CRÓNICA DEL REINO DE CHILE

GERONIMO DE BIBAR Y LAS CONTINGENCIAS DE SU  
“RELACION COPIOSA Y VERDADERA DE LOS REYNOS  
DE CHILE”

por el Prof. ARIEL PERALTA

Azarosa historia la de esta crónica, cuya reciente publicación por el Fondo Medina ha restituido inéditos lances de la Conquista de Chile, ubicándose su autor Gerónimo de Bibar entre un Mariño de Lobera o un Góngora Marmolejo, fuentes imprescindibles para la reconstitución de la época heroica en el asentamiento del dominio español. Decimos azarosa historia del notable documento, debido primeramente a su presunta y definitiva pérdida, verdad que por más de un siglo no tuvo alteración. El erudito peruano del siglo xvii Antonio de León Pinelo poseyó esta crónica o la consultó en su intento descriptivo de la historia del Nuevo Mundo. Desaparecido el manuscrito y discutida su propia existencia, la España monárquica del siglo xx lo reencuentra y cobija como un preciado bien por la diligencia del historiador y arqueólogo José Chocomeli Galán. La Guerra Civil produce un nuevo contratiempo al reposo del códice de Bibar. Ocupada la región levantina por las tropas republicanas, Chocomeli Galán atraviesa los Pirineos con Bibar en sus alforjas. Un Banco de Perpignan servirá de custodia a esas líneas nacidas en el mismo tráfigo de la conquista del lejano país andino. Fallecido el profesor español, la crónica continúa en su itinerario trazado al parecer por la mano espléndida de un Andersen o por el vigia alado de Selma Lagerlöf. En un catálogo publicado por la firma Nicolás Rauch, de Ginebra, el manuscrito es ofrecido en remate; el bibliotecario de la New-Beny Library de Chicago, Stanley Pergellis, intentó adquirirlo para su establecimiento, pero la firma de Kenneth Nebenzahl comisionada para la compra no pudo realizarla por el exceso de precio máximo fijado por la Newberry Library. Ante dicha eventualidad, el señor Nebenzahl lo adquirió para sí, y a su regreso a Chicago lo vendió a esa biblioteca. El Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina se interesó en 1962 en la publicación de esta obra; sólo a fines de 1967, y después de intenso trabajo tipo-

gráfico, las prensas universitarias dan por terminada su labor. Edición bellísima, que incluye las fotocopias del presunto original, y cuya transcripción paleográfica fue desarrollada por el profesor Irving A. Leonard de la Universidad de Michigan.

Después de 338 años del anuncio de León Pinelo sobre su existencia, el humilde infante que acompañara a Valdivia renacía para siempre en la historia de nuestro país.

*Descripción del país natural*

Ojo avizor, mente receptiva para cuanta novedad geográfica fuera descubriéndose en las recién holladas tierras americanas, Bibar expone todo un celo descriptivista no exento de belleza literaria. Las huestes conquistadoras penetran al valle de Tarapacá, un poco desencantadas con los inconvenientes que la expedición va sufriendo, realizados por la deserción del “caudillo” que comandaba la parte marítima de la misión. Bibar describe el valle “fértil en bastimento” con acuciosidad y maestría: *En la comarca de este valle hay gran cantidad de sal por los campos encima de la tierra, fraguada y hecha de rocío de la noche, maravillosamente hecho y, como no llueve, acreciéntase y hay una gran copia de ella. En esta provincia hay ríos que proceden de las sierras y cordillera nevada, que atraviesa por toda esta tierra. De la nieve que se derrite bajan estos ríos por estos valles, y los naturales tienen abiertas muchas acequias de donde riegan sus sementeras.*

El sentido narrativo de Bibar se agudiza aún más al reconocer las escuálidas tropas de Valdivia el valle de Atacama, que suponemos es el del Loa, lugar en que se les reunieron los veinte y tres hombres provenientes de Charcas, al mando de Pedro Sancho de Hoz, capitán que daría con sus pretensiones a la gobernación de Chile el primer acento de dramatismo homicida entre los propios españoles. Dice el cronista... *es un*



valle llano y ancho y largo a la contra del sitio de los otros valles porque, a cinco o seis leguas que corre el río, se sume y no se ve por donde va ni donde sale a la mar. Tiene este valle muy grandes algarrobales, y llevan muy buenas algarrobas de que los indios la muelen y hacen un pan gustoso de ellas. Y hacen brebaje con esta algarroba molida y cuécenla con agua; es brebaje gustoso. Hay grandes chañarales, que es un árbol a manera de majuelo. Llevan fruta que se dice "chañar" a manera de azofaifas, salvo que son mayores. Es valle ancho; tienen los indios sacadas muchas acequias de que riegan sus tierras".

Y en cuanto a la riqueza mineral no es menos explícito: "... Hay en este valle de Atacama plata y cobre y mucho estaño y plomo y gran cantidad de sal transparente. Sácase de barro de la tierra en una manera de mina de metal, y cuando es caliente el sol a las diez del día, descárgasele la humedad que ha recibido de la noche pasada y hace grande estruendo dentro de la mina con el calor del sol. Hay mucho alabastro. Hay en sí mismo muchas y muy infinitos colores, colorado y azul, dacle ultramarino, que allá se nombra en Castilla. Hay yodo excelentísimo; parece esmeralda en la color. Hay amarillo maravilloso y blanco y negro muy finos y de todas suerte de colores"

A Gerónimo de Bibar le entra por los ojos como un gigantesco caleidoscopio la riqueza del país en esa conjunción agrícola minera que parece conformar un prisma extraño y refulgente para el joven castellano. Exalta la fertilidad de las nuevas tierras que van incorporando al dominio de España con esa fruición casi infantil del que alaba lo propio con un criterio exclusivista pero que aquí es como el primer eslabón de lo que será posteriormente el sentimiento patrio: "... En este valle dase maíz y tan grande y gruesas las cañas que ninguna provincia de las que yo he visto y andado no he visto darse tan bien como en este valle, porque en otras provincias de cada caña dos o tres mazorcas, y aquí cuatro y cinco. Es muy buen maíz.

El avance longitudinal del infante de Valdivia va nutriendo el detallismo de sus descripciones; el valle de Aconcagua, dominio de Tanjalongo y de Michimalongo, le da oportunidad al cronista para referirse a la etimología del nombre del país: "... De aquí se volvieron don Diego de Almagro con toda su gente que no quiso conquistar ni poblar en este reino. Decíanle los indios a don Diego de Almagro que eran unos

indios que habían traído del Perú que hacía en este valle "anchachire", que quiere decir "gran frío". Quedóle al valle el nombre de Chire. Corrompido el vocablo le llaman Chile, y de este apellido tomó la gobernación y reino el nombre que hoy tiene que se dice Chile".

Bibar es el más antiguo cronista de la Conquista y es curioso que en los párrafos transcritos enuncie la etimología que por diversos tratadistas nacionales ha sido considerada justamente como una de las más discutibles.

Si nos atenemos a lo indicado por Ercilla en una de las notas lexicológicas que preceden a La Araucana, el nombre de Chile tendría su origen en la nominación de un valle principal que por extensión se habría tornado genérico para el país; debido a su riqueza aurífera, este valle que no es otro que el de Aconcagua, había sido dependiente del incanato. El valle de Chile fue la añagaza que los quechuas tendieron a los conquistadores encabezados por Pizarro y Almagro para dispersar sus fuerzas y así intentar su liberación.

El antropólogo Ricardo Latcham perfeccionó la versión ercillesca agregando los siguientes datos: la palabra "chile" que es de origen aymara, designa al río Arequipa. Al parecer algunas de las tribus del contorno arequipeño fueron enviadas por el Inca en calidad de mitimaes al valle de Aconcagua donde impulsaron un buen trabajo agrícola. Los mitimaes eran traslados masivos de pueblos con el fin de adoctrinar en la sujeción al Imperio a aquellas tribus reacias a esa integración forzada. Para Latcham, entonces, esos mitimaes dieron el nombre de Chile al valle citado; los españoles al buscar el lugar rico en oro denominaron en igual forma toda la provincia hasta el Estrecho de Magallanes.

Pedro Armengol Valenzuela en su "Glosario Etimológico" acota lo siguiente: "No es creíble que los aborígenes de Chile dieran este nombre a todo el país, y ni siquiera a una región o valle, sino después que oyeron a los peruanos que vinieron a someter y civilizar Chile; desde este tiempo empezaron a decir Chillimapu, por el país de Chile, chillidugu, lengua de Chile; chillihueque, carnero de Chile (el guanaco), etc... El Inca Tupa Yupanqui por los años de 1441 o 1445, recibió emisarios de Tucumán, los cuales le dieron la noticia de que al suroeste de su imperio existía un país singularmente rico llamado Chilli; y a consecuencia de esta noticia Tupa Yupanqui reunió un ejército numeroso en el Alto Perú compuesto en su mayor parte de



## Habitantes y costumbres

milicia aymará, y los mismos emisarios tucumanos serían tal vez de la misma raza, pues las regiones del Norte de la Argentina estaban ese tiempo sometidas al dominio de los incas. De manera que Yupanqui emprendió la conquista de un país que era conocido en su monarquía con el nombre de Chilli, vocablo que significa lo más profundo de la tierra, y también, los últimos confines de la tierra.

Armengol Valenzuela rechaza por improcedentes la etimologías basadas en el grito del trile o en la voz quichua chiri que significa frío. En la página 224 de su libro insiste finalmente: "Hay en el Perú, ríos y comarcas que llevan el nombre de Chilli y que significan lo mismo, esto es, confines, si no de la tierra, de una comarca o provincia lo que comprueba nuestra etimología aymará".

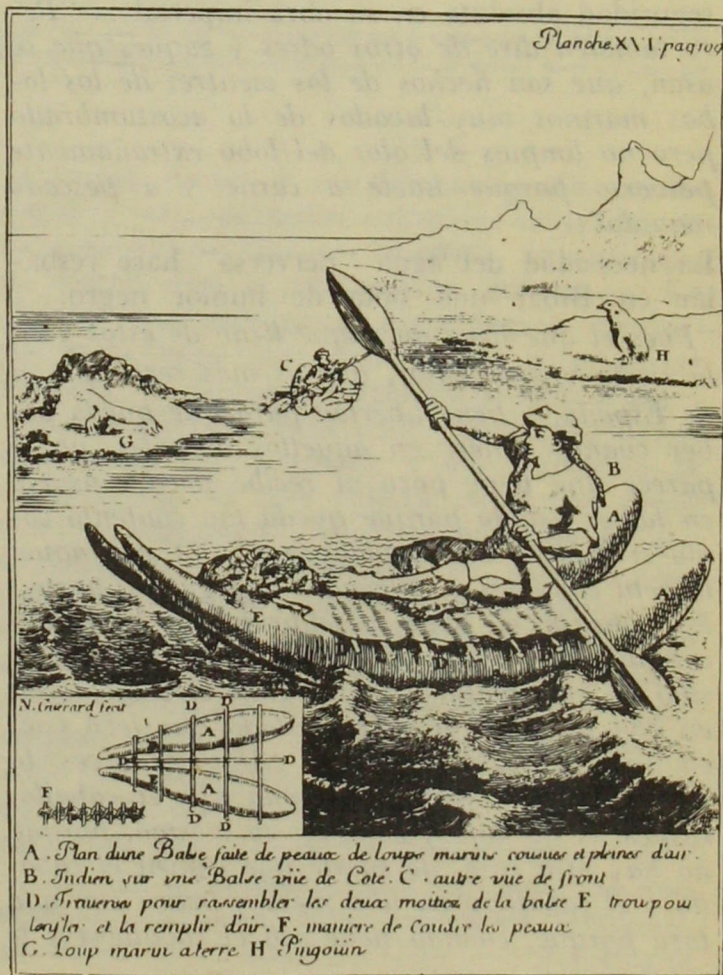
La explicación de los fenómenos geográficos, las características climáticas, la producción agrícola de estos valles, las especies de animales que abundan en ellos, son prolijamente enumerados por Bibar que siempre hace la relación con los tipos semejantes a los de su terruño español... "Hay otro árbol a manera de romero que se le parece en todo sino es en el olor, que no lo tiene como el de nuestra España... las hierbas que hay parecientes a las de nuestra España son las siguientes: centaurea, hierba mora, llantén, apio, verbena, manzanilla, malvas... y otras muchas hierbas y raíces parecientes a las de nuestra España que, por no ser herbolario no las pongo".

Las semejanzas del territorio chileno con aquellos frondosos valles de su perdida Burgos, refuerzan en Bibar esa añoranza que no tarda en aflorar a medida que se consume la rutina lacerante de los días que hierven en las lanzas de los aborígenes o en el silencio del hambre que carcome el organismo en siniestro sigilo... En ellos predomina la pasión del imperio que permite a hombres como Gerónimo de Bibar intentar la solemnidad de la gloria y la riqueza en plena adolescencia, ya que su edad puede calcularse en alrededor de veinte años en el momento de la llegada. Al infante de Pedro de Valdivia el alma parece revitalizarse al contacto del aire mediterráneo y la fragancia de los yerbajos le trae apresurada la imagen del Ebro ancajonado o expansivo. Pero repitamos, la morriña al lugar de origen va creando por identidad o sustitución, el nuevo afecto que vitalizará la nacionalidad nueva, emergente y dolida en un combate que fue de siglos.

Ni las crónicas de Góngora Marmolejo o Mariño de Lobera alcanzan el nivel costumbrista del trabajo de Bibar; desde el instante que la columna de Valdivia penetra a la zona asignada por Francisco Pizarro para su mandato, Bibar escruta las formas de vida de los habitantes, desde sus ritos e indumentarias hasta la tipología racial y los modismos lingüísticos.

La travesía del desierto de Atacama les va señalando los modos de adaptación del hombre a esas zonas tan estériles, donde hasta hoy la naturaleza impone a la sobrevivencia humana un desafío de difícil respuesta según la terminología de Toynbee... "Así caminó el general con toda esta gente con esta orden de veinte en veinte por amor (¿temor?) de la falta de agua y hierba que en estos caminos hay porque, en el compás que hay de fuera de los valles, no hay sino unos jagüeyes, que son como unos pozuelos o charcos. En estos pozuelos de agua no hay

Un chango en su balsa de cuero de lobo. "Está como a tambor y, viendo que no cabe más aire y que hay necesidad de soplar más tuerce la tripa y echa al navio a la mar fácilmente y sube encima con gran tiento. Lleve dentro lo que quiere y boga con una pala como canaleta; y va tan recio este navio o balsa con lo que lleva dentro como si le dieran vela".





tanta que treinta hombres no la agoten y después torna poco a poco a henchirse. Son algunos de estos salobres y otros que no huele muy bien el agua a causa de estar en aquellos arenales. Acostúmbrase llevar el agua en estos despoblados en calabazas donde las hay. Y en estos valles acostumbran los naturales llevar el agua en estas vasijas en unos odres de cuero hechos en esta forma que, de que matan algún carnero, le desuellan las piernas de la rodilla arriba hasta la ingle y átanle. Otros se cosen y pélanse no muy bien. El pelo adentro hinchenle de agua y, por quitar el mal sabor del agua, échanle harina de maíz tostado. Cabe en un odrecillo de estos un azumbre a dos de agua, y aquella agua beben, y no la tienen en poco. Muchas veces vi las barbas del que bebía aquesta agua con mucha cantidad de harina. No digo lo que bebían porque no se veía que era en cantidad, pues el olor del zaque que dije, que no le hacen otro adobo más de desollallo y malpelallo. Y así fresco le achan el agua y la harina”.

La descripción de los odres de cuero de lobo permite al cronista relatar los sufrimientos de los conquistadores encabezados por su iluminado capitán, mezcla de misticismo atrabiliario y de seguridad absoluta en su obra imperial... “Pero también diré de otros odres y zaques que se usan, que son hechos de los vientres de los lobos marinos muy lavados de lo acostumbrado pero no limpios del olor del lobo extrañamente perverso porque huele a carne y a pescado manido”.

La necesidad del agua “perversa” hace resbalar en Bibar una nota de humor negro... “Pues el que lleva un zaque lleno de éstos y en la siesta y gran calor, que es más recio que el de España, y tiene libertad para que pueda beber cuando quiere en aquellos arenales, no le parece que tiene poco ni recibe poco consuelo en haber bebido porque queda tan contento como si bebiera en Guadalquivir”. “Y con aquel ímpetu caminan y, allegados al jaguey o pozuelos, apéase el buen descubridor y peregrino conquistador, quita la frazada que lleva en la silla de su caballo y tiéndela en el suelo; echa en ella un poco de maíz tostado que leva (sic) en una guayaca o talega. Algunas veces lo llevan crudo y hace que coma allí el caballo. Echase él de lado y come de lo mismo, porque no hay otra cosa, de suerte que comen el caballo y el caballero en una mesa y beben con una taza porque, cuando tiene sed el caballero y le

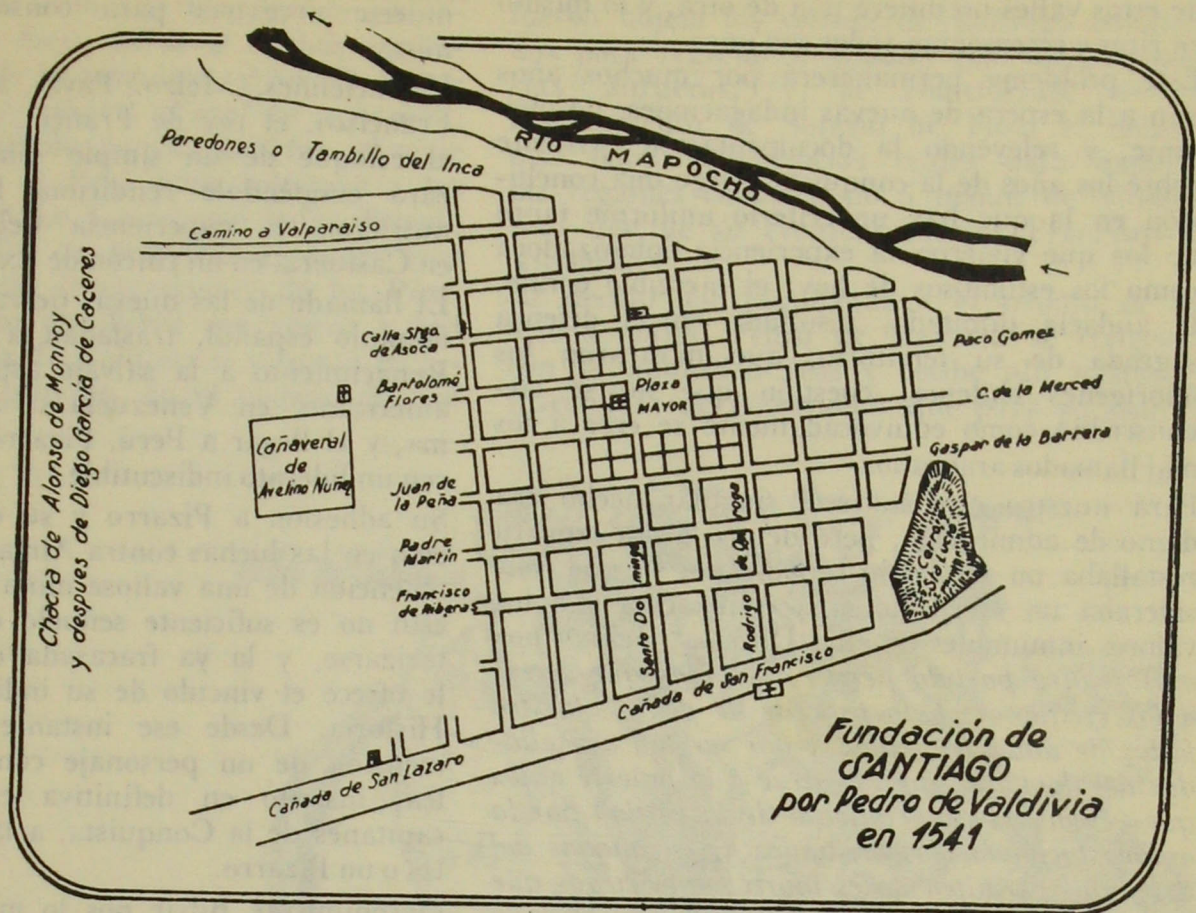
parece que, por no tocar en el zaque que lleva avinado con la harina del maíz, quitase la celada o morrión de la cabeza y entra en el pozo, que es hondo, y saca agua y bebe, y da a beber a su caballo y va contento”...

Pero donde Gerónimo de Bibar llega a un grado admirativo de precisión, acicateado tal vez por la novedad del hallazgo, es cuando detalla las embarcaciones de los naturales de la costa atacameña más conocidos posteriormente con la denominación de changos. Les dedica un capítulo entero y reitera la necesidad de hacerlo “porque no quedase en olvido contar cosas admirables que hay en esta provincia”. Después de explicar que las balsas de lobos úsanse desde el valle de Arica hasta el de Coquimbo en una extensión de más de doscientas leguas analiza su construcción.

... En los días que no hace aire andan los lobos marinos descuidados durmiendo, y llegan seguros los indios con sus balsas. Tiranle un harpón de cobre y por la herida se desangran y muere (sic). Tráenlo a tierra y lo desuellan. Son muy grandes, y todos no matan los lobos sino los que lo usan y no usan otra pesquería sino matar lobos y comer la carne y de los cueros hacer balsas para sí y para vender. Desuellan el lobo que es como una gran ternera; del cuero cortánle la cabeza y cortan por la junta de las piernas, y aquel tarazón del cuerpo y pedazo córtalo en dos partes de suerte que queda la parte del lomo por sí y la de la barriga por sí;... El cuero es grueso de canto y pónenlo de suerte como está un pliego de papel doblado, cada medio pliego por sí sin cortar la otra parte... El papel doblado lo abren, y abierto dejan tanto canto a una parte como a la otra que vaya parejo, y cosenlas en las dos cabezas de aquel cuero que he dicho”.

Los hilos señala Bibar, estaban contruidos de de tripas y nervios de ovejas y carneros, con los que unian los pelos de púa del lobo y así jamás se desligaban. Todo era aprovechable, incluso la sangre del lobo que constituía una materia prima para elaborar una especie de betún que como un alquitrán servía para brear el cuero haciéndolo práctico para la navegación. Al ponérsele en la popa de la rústica pero efectiva embarcación una tripa extraída del mismo lobo, la cosían de tal modo que sólo una parte de ella quedaba en el exterior; en su parte superior ataban una canilla de alcatraz por la que soplaban los “marineros indios” como los llama Bibar, y así inflábanse los odres que se amarra-





Esquema del Santiago primitivo. "Luego mandó el general a los españoles que hicieran casas en que se guareciesen del invierno porque no pareciesen ellos y su servicio en caballos. Luego mandó a los caciques que, con su gente por mitas, les ayudasen a hacer las casas. Lo primero que se hizo fue una iglesia en que se decía misa"

ban en una rectangular armazón de tabletas. Pero dejemos al observador contar esta última fase:... "encima de cada ingenio de tablas atadas ponen dos odres, y júntalos bien y átanlos recio por las puntas de las capillas; y por aquellos cantos de canilla y tripa soplan tanto que hinchan los odres muy mucho y de que le parece al indio marinero o pescador tocalle con la mano. Está como a tambor y, viendo que no cabe más aire, y que no hay necesidad de soplar más tuerce la tripa y echa el navío a la mar fácilmente y sube encima con gran tiento. Lleva dentro lo que quiere y boga con una pala como canaleta; y va tan recio este navío o balsa con lo que lleva dentro como si le dieran vela".

Es de interés consignar que los diversos pueblos que Bibar pinta parecen mostrar un origen común, a lo menos en sus peculiaridades lingüísticas, ya que las variantes idiomáticas a él llegan como diferencias formales a imagen de las existentes en España ("difieren de la lengua como viscaínos y navarros").

¿Tuvieron los pueblos precolombinos chilenos

un tronco común y sus diferencias sólo obedieron a peculiaridades culturales derivadas de localismos geográficos? Nuestros antropólogos no llegan aún a conclusiones definitivas; los últimos descubrimientos arqueológicos realizados en la zona norte comienzan a hacer variar aquellas conclusiones establecidas casi a principios de siglo por Max Uhle y continuadas posteriormente por Latcham, y que indicaban la entronización de una cultura única que denominaron atacameña. Lo más probable es que existiera una superposición de pueblos que conformaron estados culturales diferenciados.

Por otra parte la estudiosa Greta Mostny ha enunciado que "según todos los indicios arqueológicos, históricos y lingüísticos, la población indígena de Chile desde el Choapa hasta el Golfo de Reloncavi, perteneció a un mismo pueblo de agricultores, tejedores, alfareros y ganaderos, que hablaba un solo idioma"... Sirvan de nuevo testimonio para esta tesis, las analogías tan claras que Bibar expone en su crónica, resumidas en la siguiente frase:... "La lengua



de estos valles no difiere una de otra, y lo mismo en ritos y ceremonias, todos son unos”.

Este problema permanecerá por muchos años aún a la espera de nuevas indagaciones; no obstante, y relejendo la documentación existente sobre los años de la conquista, surge una conclusión en la que hay un criterio uniforme tanto de los que vivieron la experiencia colonizadora como los estudiosos de hoy: el increíble coraje, la audacia ilimitada, resumida en la defensa sagrada de su territorio, que mostraron los aborígenes chilenos, cuestión que no se circunscribió como equivocadamente se cree a los mal llamados araucanos.

Para nuestro cronista este singular hecho era digno de admiración, pero dentro de su espíritu restallaba un soterrado repudio por lo que consideraba un sacrilegio a la civilización y a los valores inmutables de ella. Dirá... *“Tenian por más seguro partido perder las vidas que servir a los cristianos. Esto procede de gente silvestre faltos de amor y caridad y por ser tan avasallados del demonio que los atrae a la muerte antes que vengan al conocimiento de la verdad por la amonestación de los cristianos y, engañados del demonio, permiten antes morir como ciegos que vivir con vista ganada por nuestra conversación y amonestación... Los españoles, por defender tan justa causa, peleaban como lo suele hacer en las necesidades y los indios, prosiguiendo su determinación, peleaban como aquéllos que defendían su patria”*.

#### *Imagen del Conquistador*

En su libro “Ventura de Pedro de Valdivia”, Jaime Eyzaguirre nos dejó en finos trazos una semblanza casi lírica del conquistador de Chile, el soldado por definición, el hombre que desde la más tierna edad recibió como un reflejo flamígero el impulso a la aventura desde las palabras de aquel mote heráldico familiar: LA MUERTE MENOS TEMIDA DA MAS VIDA.

Cuando el Imperio de Carlos V transformó en un verdadero haz personal los países del continente europeo, Valdivia entregó su diestra espada al logro de tal anhelo. Las campañas de Italia y Flandes principalmente destacan al joven capitán que combate al mando del marqués de Pescara; el grito de “España y Santiago” fue el impulso preciso para desenvolver esa fuerza incontrolable en el campo de batalla, que más tarde tendría apenas una contrapartida en el maquiavelismo de las decisiones políticas, en la frialdad ejecutiva, en la implacabilidad de la

muerte necesaria para consolidar sus designios.

Valenciennes, Melzo, Pavia, ahí mismo donde Francisco, el rey de Francia, cayera a tierra y el estoque de un simple soldado le inmovilizara exigiéndole rendición, fueron lides que nutrieron la experiencia del capitán nacido en Castuera, en un rincón de Extremadura.

El llamado de las nuevas tierras incorporadas al dominio español, trasladan a este hombre del Renacimiento a la salvaje aspereza del mundo americano; en Venezuela su acción será mínima, y al llegar a Perú, Pizarro y Almagro ejercen un liderato indiscutible.

Su adhesión a Pizarro y su efectiva participación en las luchas contra Almagro, le valieron la obtención de una valiosa mina en Charcas; pero esto no es suficiente señuelo como para sedentarizarse, y la ya fracasada empresa de Chile le ofrece el vínculo de su individualidad con la Historia. Desde ese instante adquiere la dimensión de un personaje con estructura aquilea, inscrito en definitiva entre los grandes capitanes de la Conquista, a la vera de un Cortés o un Pizarro.

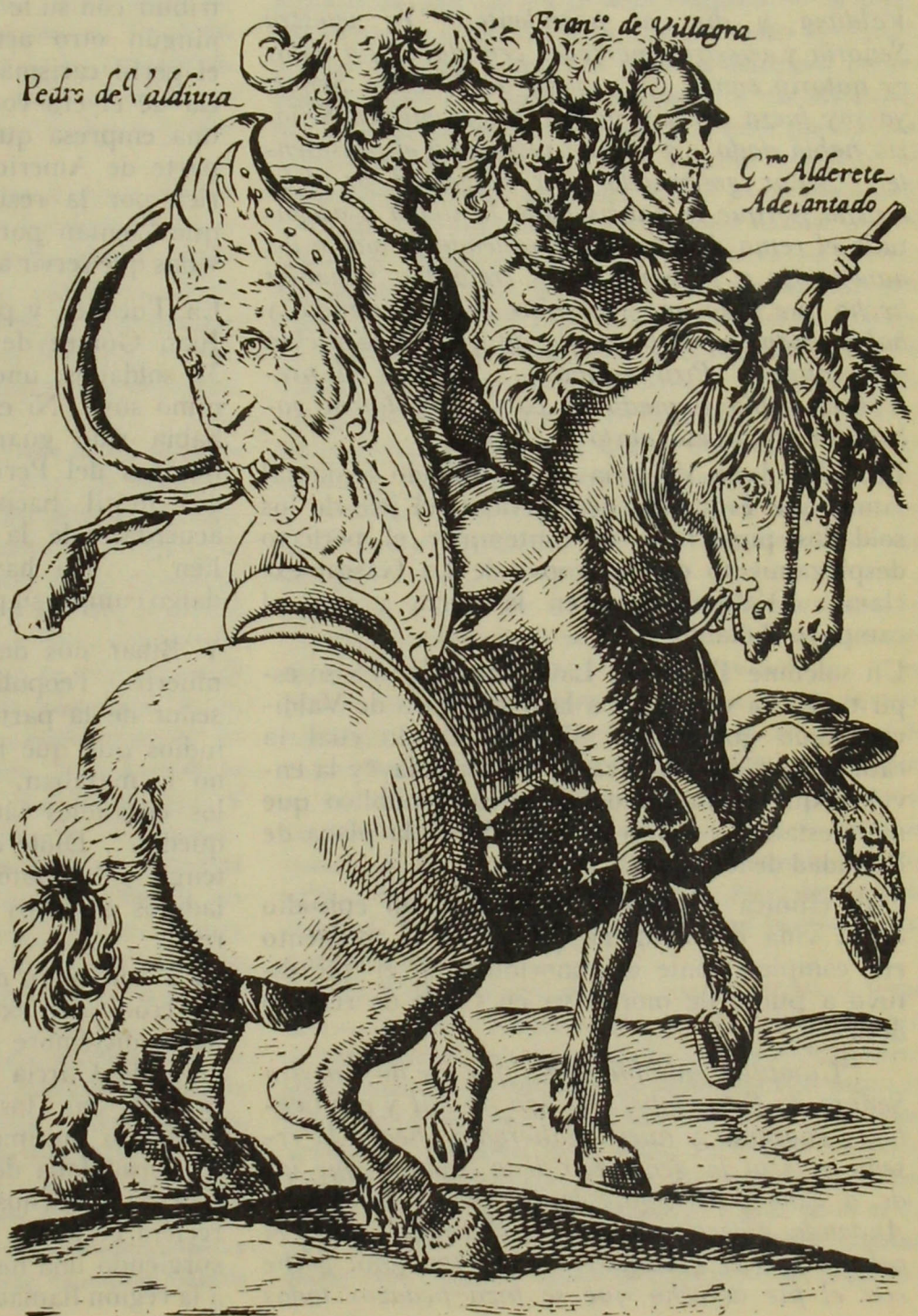
Gerónimo de Bibar nos lo muestra en toda su grandeza, en su inmensa capacidad de líder e incluso en su ferocidad casi malsana cuando las dificultades arrebolaban su afán dominador. Para el cronista es el “general”, el caudillo de una misión civilizadora. El alma caballeresca está nítida en el instante que penetra al dominio asignado por Pizarro. Dice el ocular testigo: ... *“En jueves, xxiv dias del mes de octubre del año de nuestra salud de mil quinientos y cuarenta, ante un escribano del rey que en el real venía, el general tomó posesión en el nombre de su magestad. Hizo las diligencias que en tal caso se requerían, que son ciertas ceremonias hechas en esta forma: armado el general de todas armas y su adarga abrazada en el brazo siniestro, y la espada en su mano derecha y alta, cortando ramas y levantando ciertas piedras, moviéndolas de una parte a otra, diciendo en alta voz que emprendía y emprendió, y tomaba y tomó posesión en aquel valle de Copiapó en nombre de su magestad, así de aquel valle e indios de él como de toda la gobernación que de allí en adelante tenían; y que si alguna persona o personas había que se lo contradijese, que él se mataría con la tal persona o personas y, para efectuarlo, salió a un campo que vecino tenía a esperar al que quisiese salir, diciendo que lo defendería lo que decía con su persona y armas*



a pie y a caballo como de mandárselo quisiesen. Si necesario fuese, perdería la vida en servicio de Dios y de su magestad, y pidiolo por fe y testimonio del escribano, el cual así se lo dió". Las conspiraciones de Sancho de Hoz, el viaje del conquistador al Perú para colocarse a las órdenes de Pedro La Gasca que había llegado al país con el fin de restaurar el poder real amenazado por las insurrecciones de los Pizarros, son relatados por Bibar con amena y ágil pluma. La astucia de Valdivia se muestra en toda su plenitud; primero, en el engaño de que

fueron objeto los vecinos de Santiago autorizados para regresar a España con sus pertenencias auríferas, y la coincidencia en el ahorcamiento de Sancho de Hoz, el hombre que tenía providencias reales para explotar las regiones chilenas, no a manos de Valdivia sino que de su eventual sucesor Francisco de Villagra.

Al decidir en Jaquijaguana el triunfo de las armas reales, Pedro de Valdivia se congracia con la autoridad real y recibe allí mismo la investidura de gobernador que para su espíritu



*Pedro de Valdivia.* "Pedro de Valdivia era natural de Castruera, hidalgo. Como sus pasados habían servido a la corona real de España en tiempo que se conquistaba de moros, y como habían sido personas tenidas y estimadas, y su ejercicio era emplearse en el arte militar, viendo Pedro de Valdivia que ya era de edad para aquel ejercicio que sus pasados había usado, acordó negar su patria y natural parentela a irse, como se fue, a Italia a servir a su magestad y gastar en su cesáreo servicio los años más floridos de su vida como sus predecesores lo habían acostumbrado."



legalista o regalista mejor dicho era imprescindible confirmar. Bibar relata el episodio de la siguiente manera: "...*Desbaratado el campo de Gonzalo Pizarro y él preso, y muchos capitanes suyos y su maese de campo Francisco de Carvajal y la gente de guerra ya apaciguada y alojada, se fue el coronel Valdivia a donde el presidente estaba recogido con la victoria que Dios Nuestro Señor le había dado, el cual estaba el general Pedro de Hinojosa y el mariscal Alonso Alvarado y todos los capitanes del ejército de su magestad, con otros muchos caballeros y vecinos de las ciudades del Pirú. Con el presidente, en presencia de todos, habló el coronel Valdivia y dijo al presidente: "Ya vuestra Señoría y vuestras mercedes ven claro, y a todos es notorio como, con ayuda de Nuestro Señor, yo soy fuera de la promesa que a vuestra Señoría había dado", a lo cual respondió el presidente: "Señor gobernador, su magestad os debe mucho porque le habéis dado la tierra y asegurado el reino del Pirú y franqueado la mar a los navegantes y la tierra a los tratantes, y habéis hecho que cada uno sea señor de su hacienda, y habéis sido, parte para que se quitase la niebla que sobre el Pirú estaba"... "Nunca el presidente había llamado al coronel Valdivia gobernador hasta ese punto"*.

La calidad de Valdivia como soldado tenía tal fama, que Francisco de Carvajal, el jefe de los soldados pizarristas al contemplar el perfecto desplazamiento de las tropas de La Gasca, exclamó: "Valdivia está en la tierra y rige el campo, o el diablo"...

Un solemne Te Deum Laudamus dio el viso espiritual a la victoria y a la investidura de Valdivia como gobernador, después de lo cual la cabeza de Gonzalo Pizarro fue cortada "y la envió a que la pusiesen con pregón público que manifestaba su delito en el rollo de la plaza de la ciudad de los Reyes".

Esta crónica de Bibar nos cuenta un episodio de la vida de Valdivia que hasta el momento era completamente desconocido y en el que estuvo a punto de morir, ya en Chile de regreso del Perú.

... "Cumplido que fue el día que fue de Nuestra Señora de Septiembre del año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, salieron y, hecha la reseña y vista la gente por lista, mandó que los de a caballo le siguiesen en una escaramuza. Andando escaramuzando en el campo, cayó el caballo con el gobernador y dio tan gran golpe con el pie derecho que se hizo pedazos todos

*los huesos del dedo grande. Salio la choquezuela y, con la fuerza que hizo, rompió el hueso, la calza, y una bota. Recibió en este golpe tan gran tormento que estuvo gran espacio transportado y sin sentido que todos los que allí nos hallamos lo tuvimos por difunto. Puso tanta tristeza en la ciudad que todas las señoras que había, mugeres de España aunque pocas, lloraron, y todos los varones entendiendo que les faltaba el que les había de remediar"*.

Tres meses en cama padeció el conquistador, mientras los vecinos entonaban plegarias y organizaban procesiones diariamente para contribuir con su fe al guía tutelar de todos ellos. En ningún otro acto se percibe con más nitidez el perfil carismático de Valdivia; la supervivencia de él era como la confirmación misional de una empresa que como quizás en ninguna otra parte de América tenía la dimensión de homérica por la resistencia de los aborígenes, esos que "tenían por más seguro partido perder las vidas que servir a los cristianos".

En Tucapel, y por cumplir la cita prefijada con Juan Gómez de Almagro, Valdivia muere con 35 soldados, uno de ellos era sobrino y homónimo suyo. Ni el fiel Agustinillo, yanacona que había sido guardián imperturbable desde sus tiempos del Perú logró detenerlo en un presagio inútil hacia el encuentro fatal: "Señor acuérdate de la noche que peleaste en Andalién"... No hay súplica que valga: un hidalgo cumple su promesa.

Y Bibar nos da el nombre del ejecutor de la muerte: Teopolicán o Caupolicán, "que era señor de la parte de aquel pueblo, y dijo a los indios que qué hacían con el APO que por qué no lo mataban, "que muerto ése que manda a los españoles fácilmente mataremos a los que quedan". Dióle con una lanza de las que dicho tengo y lo mató... Me informé de yanaconas ladinos e indios que allí se hallaron y escaparon".

El 1° de enero de 1554 Valdivia muere y nuestra crónica se extiende aunque ya con brevedad, hasta diciembre de 1558, cuando la bizarra figura de García Hurtado de Mendoza enseñoreábase en los terrenos de los mapuches pensando ilusamente que el dominio de España se consolidaba definitivamente con su presencia. Faltaban muchos siglos para que el círculo pareciera cerrarse, pero la fusión ya estaba hecha, surgiendo una nacionalidad que daría nueva vida a la región llamada Chile.